Seix Barral

Arianna de Sousa-García

Atrás queda la tierra



Seix Barral Biblioteca Breve

Arianna de Sousa-García
Atrás queda la tierra

© Arianna de Sousa-García, 2024
© Editorial Planeta Chilena, S. A., 2024
© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2025
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2025
ISBN: 978-84-322-4424-7
Depósito legal: B. 21.458-2024
Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

MIXTO
Apoyando la silvicultura responsable
FSC® C158190
FSC
www.fsc.org

Las redes sociales viralizaron las imágenes. En el video se aprecia que detrás de ella está totalmente oscuro, nada puede distinguirse. La luz de la cámara la ilumina, quizás demasiado, y es únicamente por eso que podemos verla cargando a su hija muerta por la mitad de la calle.

Mientras habla, la mece de manera suave e instintiva, la mueve como toda madre lo hace con su bebé para dormirla, incluso mientras le cuenta a la reportera lo que les sucede esa noche.

Baja la cabeza y la mira como una madre mira a su bebé en brazos.

«No había luz, no había nada y no la pudieron atender», dice Elizabeth Díaz, la madre, con la voz ronca. Tiene la piel quemada por el sol de la tarde.

Es una mujer de baja estatura, delgada, de pelo corto, que parece rondar los sesenta años.

Cuenta que su hija estaba muy hinchada, que no paraba de eructar. Decidió llevarla al Centro de Diagnóstico Integral (CDI) de Trapichito, donde solo encontró negativas.

Con ella en brazos se dirigía a otro hospital cuando se dio cuenta de que su pequeño cuerpo se había vuelto rígido. Entonces resolvió regresar a su casa para buscar a su otra hija y seguir juntas hacia la Ciudad Hospitalaria Dr. Enrique Tejera de Valencia, ahora en búsqueda de un médico que certificara su muerte. Es ahí donde la reportera y ella se encuentran y se inicia la grabación.

La serenidad de Elizabeth se mantiene intacta durante los cuarenta y cinco segundos que dura la toma. Relata su historia con pausa, con un cansancio que se nota en su voz y en su mirada, quizás con resignación. Todos sus esfuerzos parecen estar dirigidos a acunar a la hija, quien aparece en la toma intermitentemente por segundos, en ese ir y venir en el que la mantiene sumida su madre.

Tiene el cabello corto, ojos negros muy abiertos, su piel es una opaca y delgada capa pegada a los huesos, casi traslúcida, que para el momento del video ya iba adquiriendo una tonalidad azulada. Pero su hija no era una bebé, su hija tenía diecinueve años, parálisis cerebral y desnutrición crónica. Se llamaba Girtverlis y pesaba apenas diez kilos. No conoció el país prometido, el país soberano, el país de todos.

«Fuimos víctimas de un ataque cibernético, electromagnético», dijo el presidente heredero en cadena nacional cuando veintiuno de los veintitrés estados del país quedaron completamente a oscuras por más de cinco días en marzo de 2019.

La noche más oscura estuvo precedida por otras y ya teníamos experiencia en respirar de a poco, en llorar bajito para no despertar a los niños; lo que no nos esperábamos era que, llegado el momento, viviríamos una noche de cinco días, la peor en la historia del país.

La cifra oficial reconocida de fallecidos como consecuencia del corte eléctrico fue de diecisiete personas. Girtverlis fue una de ellas.

Durante la primera noche, las serpientes del Gobierno, los colectivos criminales armados avalados por la Revolución bolivariana, recorrieron las calles oscuras haciendo sonar sus motocicletas, haciendo el terror más palpable, disparando al aire mientras la desesperación se transformaba en saqueos, agotando lo poco que quedaba en los almacenes.

Cuando al final del segundo día la energía eléctrica no volvió, cerraron escuelas y pequeñas empresas, muchas de las cuales no volvieron a abrir.

Los hospitales colapsaron. María Errazo no pudo obtener los permisos para reconocer el cadáver de su hijo ni para enterrarlo, tampoco recibió en ningún momento información sobre los motivos de su muerte, porque el apagón hizo imposible la comunicación.

Se quedó afuera de la morgue esos cinco días, a la espera de documentos que se enviarían por correo electrónico para ser vistos desde el computador de la oficina de alguien que los imprimiría y daría la autorización para que la madre pudiese darle santo sepulcro a su hijo, ya en descomposición, una vez que en algún punto se restableciera el servicio eléctrico.

Diez recién nacidos murieron en el hospital principal de nuestra ciudad durante un apagón previo, tres años antes.

La periodista que escribía para la sección de salud recién se había ido del país y me enviaron a cubrir la noticia. El servicio eléctrico colapsó a las dos de la tarde y los niños fallecieron entre esa noche y la madrugada del día siguiente; el generador que debía encenderse durante emergencias de este tipo no lo hizo, no funcionó.

Luz González nunca pudo saber sobre las condiciones de salud de su sobrino durante ese apagón. Desde que comenzó, no pudo entrar al área donde tenían al niño conectado a respiración artificial.

Horas después se enteró de su muerte.

Angélica Jiménez perdió a su nieto en ese mismo lugar, esa misma noche; se enteró no por los doctores, sino por medio de una paciente del hospital que escuchó a otros conversando sobre el suceso.

Durante la tarde de ese mismo día, mientras escribía esa nota, recibí la llamada de tu abuela ofreciendo sacarnos del país.

La emergencia eléctrica fue decretada en 2009 y, aunque fue suspendida justo un año después, los racionamientos eléctricos y los apagones nunca cesaron ni disminuyeron; de hecho, fueron incrementándose. Según el Comité de Afectados por Apagones, solo durante 2020 se contabilizaron 157.719 fallas eléctricas, tres veces más que en 2019, cuando se registraron 48.210.

Aunque hay registros y testimonios de que los primeros grandes apagones nacionales se originaron debido a una baja considerable en la generación de energía eléctrica, que coincidió con la aguda sequía que experimentó el principal embalse del país posterior al paso de El Niño a mediados del año 2009; aunque hayamos sido testigos de la estatización de esa industria y de todas las modificaciones que atravesó en los años previos a la primera oscurana; aunque sepamos gracias a trabajadores anónimos que los magníficos y divulgados proyectos de mejoras relacionadas a equipamiento, mantenimiento e infraestructura en generación y transmisión eléctrica no fueron más que el destello inicial; aunque todos conocimos a alguien del partido que entró a trabajar en ese sector sin tener idea del trabajo que tendría que realizar luego de los masivos despidos políticos, el Gobierno ha adjudicado la responsabilidad de esto a dos agentes: al ya referido Niño, pero sobre todo a los incesables, innumerables e indiscutibles ataques de nuestros enemigos patrios.

También en 2009 se hallaron treinta contenedores abandonados con leche líquida en descomposición; un año después ya eran más de 130.000 las toneladas de productos alimenticios podridos que se descubrieron con fecha de caducidad cumplida incluso desde 2007.

A raíz de esto, tres directores de la productora y distribuidora nacional de alimentos fueron detenidos, pero poco tiempo después dos de ellos se reincorporaron a sus cargos mientras que el tercero, en 2012, trabajó en la cuarta campaña electoral del comandante eterno, era el mismo funcionario que en 1999 había iniciado la primera de las iniciativas para la regulación y control del sector alimentario, el Plan Bolívar 2000, a través del cual militares llevarían alimentos y medicinas casa por casa y que terminó con veintiuno de los veinticuatro generales que participaron activamente investigados por corrupción.

La misma persona que posteriormente replicó ese modelo fallido con la Misión Alimentación, creada «para la consolidación de la soberanía alimentaria», en ese entonces resaltó numerosas veces la importancia de que el Gobierno tuviese el control total de la alimentación «para garantizar su distribución equitativa en la población, y sobre todo la de la clase más baja».

Más tarde, en abril de 2016, el actual presidente de la República, el presidente heredero, implementó los Comités Locales de Abastecimiento y Producción. Estaban conformados en su totalidad por miembros de grupos afines al Gobierno: Unamujer, UBCH, Frente Francisco de Miranda y consejos comunales. Se suponía que estos recibían productos regulados para ser vendidos a precios justos en cada comunidad del país, cortando la cadena de distribución para así, «bajo vigilancia revolucionaria, asegurar la entrega al consumidor final y combatir la guerra económica no convencional». Tres meses después se nos presentó la Gran Misión Abastecimiento Soberano y Seguro, «una gran misión cívico-militar para imponer orden en todas las cadenas de la economía».

El plan social estaba a cargo del ministro de Defensa e integrado por generales, gobernadores, autoridades en materia agroalimentaria e industria, jefes de Bolivariana de Puertos y uniformados de la Guardia Nacional Bolivariana, ellos eran los encargados de velar por el resguardo de los contenedores de comida, esto para «controlar y vigilar la distribución de los rubros, eliminar el contrabando y las colas».

En 2016 Luis se convirtió en el proveedor de su casa. Tenía doce años y era el pescador más joven de Santa Rosa, sector de Lechería, la ciudad burbuja del Oriente venezolano, una en que pareciera que no ha pasado todo lo que ha pasado, una en que pareciera no haber hambre ni tragedia.

Las circunstancias que lo llevaron ahí fueron varias: al padre lo atropellaron y quedó en cama, la madre debió renunciar para cuidarle. Entonces él, el mayor de sus hermanos, debió tomar el lugar de su padre en el peñero y salir a pescar para que todos pudiesen comer.

Tendría que haber estado jugando, riendo, siendo un niño más, creciendo; en cambio se convirtió en un adulto de poca estatura, con la piel demasiado quemada y los ojos demasiado tristes.

Luis y sus hermanos a veces dejaban de ir a la escuela para no desmayarse allá. Situación que en esa fecha era cada vez más frecuente en muchísimos hogares.

Solo podía salir a pescar los fines de semana y, quizás por falta de experiencia, a veces llegaba a casa con las

manos vacías. Decía que no tenía hambre aun cuando había pasado el día entero sin comer.

Jesús Sarabia, por entonces un pescador de veintitrés años, era papá de una bebé de tres meses. La mamá de la niña estaba desnutrida y, por lo tanto, su cuerpo no producía leche materna. Para ellos, las fórmulas lácteas eran incosteables. La única forma de conseguir alguna era esperar que el día en que él estaba autorizado para comprar, todavía quedaran algunas en el local más cercano a su casa; de ser así, debía pernoctar para ser atendido al otro día pasadas las once de la mañana, rogando, por supuesto, que llegado su turno de comprar aún quedaran.

La única opción real que tuvieron Jesús y su esposa fue darle a su hija lo que tenían a mano: sopa de pescado.

Jesús y su esposa tenían dos hijos más y todos comían máximo dos veces al día, específicamente a las once de la mañana y a las seis de la tarde.

Magaly Figuera tenía veinticuatro años y cinco niños para esa fecha. Quiso ligarse después de ese último parto, pero en el hospital le dijeron que no «porque era muy joven».

El hijo menor de Magaly se alimentaba de teteros de verduras licuadas que ella le preparaba; tenía diez meses, pero aparentaba siete; era pequeño, delgado, distraído. También le daba pecho, aunque sabía que su producción de leche era muy escasa. Magaly me contó todo esto pasadas las cuatro de la tarde y todo lo que había comido en el día había sido un mango.

Pronto el alimento de los animales también escaseó y no existieron más opciones; no hubo maíz, no hubo alpiste, el pasto se secaba y en su lugar solo había barro agrietado, el arroz era un lujo impensable.

Las vacas enflaquecieron, toros y caballos fueron sacrificados, los pollos eran cazados por igual entre perros, hombres y ratas.

El instinto de supervivencia volvió violentos a los cerdos, quienes eran casi imposibles de atrapar incluso para los compatriotas que se alzaron, hambrientos de todo, a las tierras solas que un día les pertenecieron a los *modern* caudillos, a los hijos del revolucionario.

El país rojo se quedó en negro. El país feliz se volvió guerra.

Los que quedan no recuerdan la voz de sus familiares, les resuenan números telefónicos que no saben a quién pertenecen. Se alimentan con carnes podridas recocidas y frutos oxidados, la mayoría no tiene a nadie que le evite hurgar en los cestos de basura de restaurantes que frecuentan quienes nos desfalcaron el futuro.

Otros, como los morochos García, murieron de tristeza.

Vieron a sus nietos irse, vieron apagarse los ojos de sus perros, vieron morir a sus amigos. Alimentar una boca más en cualquier hogar se volvió impagable y cada uno, por primera vez en toda su vida, debió ir por su lado.

Murieron no sin antes padecer el hambre y contar los granos de trigo en cada bolsa vacía. No sin antes sucumbir a la locura, a los murmullos, a los gritos, a los rezos, a las heces.

Elías murió primero. Las noticias decían que en la ciudad hubo más de trescientas personas en urgencias por el consumo de agua no apta y él fue uno de ellos. En la clínica no había suero, tampoco antidiarreico; una vez dado el diagnóstico y sin nada que pudieran hacer por él, los médicos le dieron de alta. En casa terminó por deshidratarse. Murió.

Nadie tuvo el coraje de contarle el final de su morocho a Miguel, pero dicen que en su cuarto se escuchaban conversaciones que se terminaban abruptamente con la llegada de otros y entonces lloraba, lloraba y exigía irse con su hermano y así fue. Exactamente un mes después se fue con él, con Elías. Elías era tu bisabuelo. El padre de mi madre.

Cuando supimos de su muerte lloramos en silencio, primero cada una en su lugar y luego abrazadas, sin saber qué decir o sin tener nada que decir porque qué se dice ante tanto despojo. Qué palabras de consuelo le puede brindar una hija a su madre. Cómo la contiene.

Las llamadas rompieron el silencio y se levantó a coordinar su funeral. Nos sorprendimos no entendiendo el valor de nuestra moneda. No entendiendo la diferencia

entre bolívares fuertes o soberanos, no teniendo idea de cómo lucen las denominaciones que nos dictaba el encargado de la funeraria desde el otro lado del teléfono.

En un escenario como ese solo queda confiar en el otro, en su palabra, en su trabajo y el valor que tiene, respetar el costo que tenga otorgar una muerte digna desde el fin del continente.

Hablamos poco de la ingenuidad que hay en irse.

Marchamos pensando que volveremos, que nuestras casas seguirán de pie, que nuestros libros se mantendrán exactos, impolutos, pacientes, que la gente que queremos seguirá con nosotros, cerca de alguna manera. Nunca pensamos que el frío de la muerte tomaría a los nuestros apenas volteáramos ni que las tumbas de quienes amamos quedarían borradas por el polvo.

A pesar de las sospechas, los «hasta pronto» nunca se constituyen como un adiós. Nuestro animal alcanza a entender que oler por última vez es importante, que el abrazo debe ser largo, que nuestra mano debe alcanzar la nuca, que la inhalación debe darse en ese espacio entre el cuello y la oreja, que debe ser fuerte, prolongada, que debe alcanzar para siempre, pero nuestra necesidad comunicativa nos exige pronunciar despedidas reales, acordes, honestas, que no alcanzamos a tener porque las palabras siempre se acomodan para disimular, para rodear, para abrir en lugar de cerrar.

Cuando nos fuimos del país solo le dije hasta pronto y le hice una última fotografía en primerísimo primer plano.

Hoy me hubiese gustado mirarlo a los ojos y decirle adiós y saber y que él supiera. No pude despedirme y enfermó y murió un primero de marzo. No lo vestí. No

lo enterré. No metí en su sepulcro su wéstern favorito y sé que nadie más lo hizo. No le llevé ni le llevo flores. La única manera que tuve de despedirme de mi abuelo, lo único que pude hacer, fue recitarle desde lejos un poema de Gerbasi mientras la noche cubría el cielo:

Venimos de la noche y hacia la noche vamos.
Atrás queda la tierra envuelta en sus vapores,
donde vive el almendro, el niño y el leopardo.
Atrás quedan los días, con lagos, nieves, renos,
con volcanes adustos, con selvas hechizadas
donde moran las sombras azules del espanto.
Atrás quedan las tumbas al pie de los cipreses,
solos en la tristeza de lejanas estrellas.
Atrás quedan las glorias como antorchas que apagan
ráfagas seculares.
Atrás quedan las puertas quejándose en el viento.
Atrás queda la angustia con espejos celestes.
Atrás el tiempo queda como drama en el hombre:
engendrador de vida, engendrador de muerte.
El tiempo que levanta y desgasta columnas,
y murmura en las olas milenarias del mar.
Atrás queda la luz bañando las montañas,
los parques de los niños y los blancos altares.
Pero también la noche con ciudades dolientes,
la noche cotidiana, la que no es noche aún,
sino descanso breve que tiembla en las luciérnagas
o pasa por las almas con golpes de agonía.
La noche que desciende de nuevo hacia la luz,
despertando las flores en valles taciturnos,
refrescando el regazo del agua en las montañas,
lanzando los caballos hacia azules riberas,

mientras la eternidad, entre luces de oro,
avanza silenciosa por prados siderales.

Desde entonces no hago ni acepto llamadas. No puedo. Mi teléfono siempre en silencio es mi correo postal, ahí leo siempre a destiempo saludos o solicitudes, reclamos por mi comportamiento absurdo y también el silencio de quienes se cansaron de esperar un mensaje de mi parte.

La comunicación en el exilio es una danza difícil a la que no pude tomarle el paso. Pienso en ellos todos los días, los imagino sonriendo o caminando envueltos en un aura o halo en que los envuelvo desde aquí, pero no puedo sostener una llamada. No puedo sostener el terror de no poder hacer nada por ninguna de las personas que amo, no poder ayudarles en su pobreza, o su enfermedad, o aliviar su soledad, y la pantomima no me sirve, puedo escuchar sus muecas mientras mienten piadosamente y sé que pueden escuchar la mía, se nota el metal en la voz que habla y en el pesar de quien escucha que intentamos muy fallidamente no preocupar al otro con la dureza de la vida que nos tocó.

Imposibilitada como estoy para cualquier cosa que se esboce como una despedida real decidí probar lo contrario, asegurar su permanencia, confiar en la imagen, traerlo hasta nosotros. Esa es la historia detrás de la pintura colgada en nuestra sala; llegó a casa un 23 de diciembre a las seis de la tarde, ahora estamos juntos, me gusta pensar que estaremos bien.

Pese a todo la vida sigue y nosotros los idos, los hundidos, los caminantes, apostamos a una esperanza alucinante, disparatada.

La esperanza de los que no tenemos nada es infinita, decidimos creer que detrás de la sombra hay más luz y que es suficiente para todo aquel que la busque desmesuradamente.

Les contamos nuestra historia a nuestros hijos los días que creemos necesario hacerlo para que nuestra memoria perdure, a través de ustedes, para que aprendan a detectar a carroñeros y a desmenuzar discursos. Escribirla es mi regalo para tu futuro, todas las cosas que escribo tienen que ver contigo, son para ti.

Tus canciones de cuna, las mismas que lograban que te durmieras cuando los cólicos te dolían hasta el llanto y las mismas que te duermen ahora cuando tienes la energía del mismísimo sol, son razones. Todas ellas.